



AFROAMÉRICA MÉXICO, A.C.

La Tercera Raíz

Luz María Martínez Montiel
Presidente

Los buques negreros transportaron con los hombres, mujeres y niños africanos, sus dioses, creencias y tradiciones, que configuraron

LA TERCERA RAÍZ DE AMÉRICA



LA PALABRA AFRICANA EN CUBA ESPACIO DE LIBERTAD

Mirta Fernández Martínez

Los africanos esclavizados que llegaron a este lado del Atlántico en las calas de los barcos de infamia de la trata, no vinieron sólo con sus cuerpos desnudos, sino también trajeron su memoria. Memoria trascendente y combativa que supo hacer frente a todos los intentos maniqueos de despersonalización, de aniquilación de los rasgos identitarios —tales como lengua, familia, creencias religiosas, reglas de la moral y las costumbres, sentido de pertenencia a una comunidad—, y preservó elementos esenciales integradores de nuestras culturas y, aún más, de nuestras identidades nacionales. Memoria que en el proceso de gestación de una identidad cubana, nos suministra las claves para la reconstrucción del pasado al rescatar los mitos fundacionales de los antepasados africanos.

A estos hombres y mujeres se les prohibió hablar en sus lenguas y se les impuso una lengua europea; se les prohibió practicar sus creencias y religiones y se les impuso el cristianismo; se les negó su historia; se les negó la condición humana y se les quiso reducir a mercancías; se les negó la condición de hombres libres y se les esclavizó. La respuesta fue la resistencia en todos los planos, cuyas manifestaciones más conocidas fueron el cimarronaje, la rebelión, el alzamiento la participación en las luchas independentistas. Asimismo, practicaron otras formas de resistencia menos violentas, pero persistentes: el negarse a tener hijos en la esclavitud; el mantener a toda costa su identidad, su lengua, sus concepciones religiosas; el luchar por regresar a África aún a costa de la vida ya que una de las creencias más extendidas era pensar que con la muerte el espíritu regresaba a África, entre los suyos.



En Cuba, la memoria de África llegó desgarrada y separada violentamente de su medio, llegó sometida, no vencida: su fuerza residía en los frutos de la oralidad que la habían alimentado. Gracias a esa lucha nuestra sociedad, nuestra historia, cultura y forma de ser, poseen la impronta de África. En esta resistencia o cimarronaje cultural participaron los africanos y sus descendientes.

De ellos, el cimarrón, quien logró romper sus ataduras al apalancarse, al establecerse de forma permanente en áreas de difícil acceso, preservó con mayor fidelidad su identidad: su palabra escapaba a los cánones establecidos por la ideología del amo. La contribución cultural de los numerosos palenques de africanos cimarrones ha sido poco estudiada en Cuba, pero pensamos que el acervo africano en nuestro país proviene en mucho de estos hombres y mujeres que uniéndose, reconstruían la vida de allá sobre nuestro suelo, preservando así elementos esenciales. “Lo que ya no estaba fue reinventado para que volviera a estar; lo que ya no era fue rehecho al llamado del instinto por vivir. Los poderes de la selva de allá fueron sustituidos por los del monte aquí. Hubo que nombrar lo desconocido y volver a vivir”.¹

Mirta Fernández Martínez. Profesora, escritora e investigadora cubana. Especialista en literatura africana y caribeña. Ha realizado estudios e investigaciones en universidades de Francia, Bélgica y España acerca de la literatura africana contemporánea y la literatura oral. Ha impartido cursos de Literatura Africana de Expresión Francesa y tomó parte en numerosos congresos de su especialidad en Cuba y en el extranjero. Ha publicado artículos en revistas especializadas cubanas y extranjeras. Entre sus libros publicados, destacan: *Anthologie de Littérature Africaine de Expresión Francaise* (1988-1990); *El Ashé está en Cuba* (1998), en coautoría con Valentina Porras y *A la sombra del árbol tutelar* (2004). El texto que aquí publicamos es parte de su libro *Oralidad y Africanía en Cuba* (2005).

¹ Emilio Surí Quesada: “Cuando cantan los gallos” en periódico *Juventud Rebelde*, La Habana, 28-7-91, pp. 4 y 5